

El "caso Musante"

LA BODA DE MONSEÑOR



GIOVANNI Musante, cincuenta y tres años muy bien llevados, alto, corpulento y de agradable presencia, va a empezar una nueva vida. Gracias a la actitud indulgente del Papa, el hasta hace unos meses monseñor Musante podrá contraer matrimonio con Giovanna Carlevaro, viuda, a la que conoció el pasado verano en la playa de Civitavecchia.

«Mi problema era exclusivamente humano —declaró recientemente—. Mi fe sigue permaneciendo intacta. Poco a poco se ha revelado dentro de mí una verdad muy sencilla: no conseguía ya conciliar las obligaciones propias del sacerdocio con mi naturaleza, simplemente humana, normal. Mi drama era de naturaleza exclusivamente humana».

Ahora, al cabo de meses y meses de lento y complicado procedimiento, Giovanni Musante ha saltado a las páginas de la prensa por el hecho de ser el primer obispo que acude al sacramento matrimonial, aunque la sensación causada por la noticia se deriva, más que del hecho de su condición de prelado, por la posición jerárquica del hasta hace poco monseñor Musante: capellán de





la Casa Pontificia, funcionario del Vicariato, adscrito, entre otras, a la disciplina del clero romano.

De todos modos, el «caso Musante» se inserta en el marco de un fenómeno que preocupa a la jerarquía eclesiástica. Se trata del creciente número de deserciones sacerdotales que afecta, principalmente, a países como Francia, Holanda y Estados Unidos. De un tiempo a esta parte, numerosos son los sacerdotes católicos que «contestan» el celibato. ¿Por qué a nosotros, también humanos al tiempo que ministros de Dios, se nos cierra el camino del matrimonio?, se preguntan. La soledad, la tremenda soledad del sacerdocio —aseguran obispos y sociólogos— se hace todavía más patente cuando se llega a la cincuentena. Este es el caso de monseñor Musante, a quien la crisis se le ha presentado en toda su crudeza a los cincuenta y tres años.

Pablo VI ya le ha concedido la dispensa para el matrimonio. Deshecho el vínculo sacerdotal, Giovanni Musante se suma a la considerable lista de lo que el Pontífice calificaba de «dolorosas deserciones». ■ (Fotos: LINO NANNI-Mondial.)